

# Tomos 8 REPERTORIO AMERICANO Núm. 5

SAN JOSÉ, COSTA RICA

1924

LUNES 21 DE ABRIL

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

## UNA FIGURA EJEMPLAR

# Wilson

Si me preguntaran cuál es la mayor gloria de Wilson, respondería sin vacilar: su fracaso. Su fracaso, porque en él radica la evidencia de su superioridad. Lo que hubo de redentorismo en su obra tenía que ser coronado forzosamente con la irrisión y la cruz. Su cruz fué la soledad de su destierro espiritual, y la amargura de la incompreensión debió de confortarle como una copa de mirra.

Reconstruyamos la hora histórica de ese hombre. Hay en ella la paradoja de un conflicto formidable; una conciencia hondamente pacifista puede ser arrastrada a la guerra por amor a la paz. Wilson era un buen profesor de Derecho, que había templado su alma nativa en el ambiente de su ciudad universitaria. Elevado a la suprema magistratura de su país, representó el advenimiento de un sentido político opuesto a la trivialidad energética de un Roosevelt. No era precisamente un continuador de la tradición austera (un poco a lo Cincinato) de Washington ni de la herencia puritana de Jefferson. Su verdadera tradición estaba en Lincoln, porque, como el presidente mártir, aportaba a la política una valerosa fidelidad hacia las normas ideales.

Su caso personal tiene algo de la aventura interior de Fausto. Así como Fausto ve súbitamente transportado a la realidad vivida el mundo cerebral de los mitos y de las entelequias, y tiene amores con la Belleza misma, cuajada desde su abstracción en las formas vivientes de Helena, así ese hombre descendió a la vida política material desde sus libros y sus elucubraciones. ¡Maravillosa ingenuidad la suya! Nadie puede negarle el mérito singular de haber subido al Capitolio con su alma de niño y haber creído, ingenuamente, que la política es el arte de aplicar a la realidad el ideal puro, y no el arte de prostituirlo con argucias. Ya no serían para él meras abstracciones de cátedra las actividades ofrecidas a su labor ciudadana. Serían carne de pueblo, oleadas de muchedumbre, la vida íntegra de un gran pueblo en sus grandezas y miserias.

Pero no sospechaba que su magisterio había de adquirir amplitudes mucho mayores. Allá, en Europa, tierra sustraída a

la previsión de su pueblo y de sus antecesores, estalló el conflicto más formidable de la historia. Todo el sedimento de las viejas barbaries, concentrado en la supervivencia de las antiguas formas de dominio, se desbordó en su natural consecuencia: la guerra. La guerra, para ciertos regímenes, no es un medio; es un fin. La guerra es una extensión de la caza, y tiene su placer en sí misma, para las formas atávicas de la sociedad.

La primera impulsión de la conciencia de Wilson fué el horror, simple y puro, a la gran fiereza desencadenada. En aquel momento, la abstracción de su pacifismo prevaleció sobre toda consideración anecdótica. No quiso plantear ante su pueblo la cuestión jurídica envuelta en el caso concreto de «aquella guerra». Odio, sencillamente, «la guerra». Y pareció que la sede del Capitolio de Washington era una elevación de la an-

tigua cátedra rectoral de Princeton, desde la cual un profesor modesto dialogaba platónicamente con los filiales discípulos...

El segundo momento debió comenzar cuando el kaiser consideróse obligado a explicar al presidente la incalificables destrucción de Lovaina. Acaso influyó en aquel impulso de Guillermo II el rubor de su obra ante la jerarquía profesoral de Wilson... ¿Recordáis los términos inauditos de aquella misiva? La considero un caso nunca superado de cinismo histórico: «Nos hemos visto obligados a destruir la ciudad; pero hemos conservado el bello edificio de su Ayuntamiento...» ¿Imagináis ahora el efecto de aquella lectura en el alma del presidente? El diálogo entre los dos jefes tiene la forma trágica del choque entre dos humanidades. Jamás podían comprenderse. El uno era la supervivencia de los caudillajes materiales, mesnadas salidas de los viejos castillos para sus correrías de presa. El otro era la guía luminosa de los espíritus para la obra de amorosa convivencia entre los pueblos.

Este segundo momento llegó a su madu-

(Pasa a la página 67).

# El sermón de Juan

«En aquellos días vino Juan Bautista predicando en el desierto de Judea, y diciendo: Arrepentíos porque el reino de los cielos se acerca».

SAN MATEO—III—19

Por las tardes, al caer el sol, y en las noches claras, iluminadas por la luna y por el enjambre de las estrellas en el cielo límpido, hablaba Juan con palabras apasionantes sobre el Mesías, que todos esperaban; cómo se haría para establecer y consolidar el Reino; cómo habría que enderezar las sendas del Señor para que la Justicia anduviera por ellas sin estorbos. De pié, sobre algún risco o sobre una peña que surgía de la corriente, su alta y dura silueta se recortaba en el aire sereno, y sus ademanes poderosos recordaban la vara de Moisés, dividiendo las aguas. Los ecos de su voz, sonora como la voz de la tormenta, recordaban los truenos del Sinaí, y hacían pensar en una Nueva Ley, más viva y más severa que aquella que se grabara sobre tablas de piedra.

Por la mañana, desde que se oía el canto de las alondras, el Profeta se purificaba sumergiéndose en el Jordán, y luego, cate-

quizaba a los neófitos. Antes que fueran éstos dignos del bautismo, ¡cuántos desmayos y vacilaciones! Cuántas dudas y confusiones en aquellas almas semi-arrepentidas, y cuántas sombras que desvanecer en muchos que deseaban la Nueva Era, pero que no comprendían cómo había de ser su advenimiento. La rutina, el miedo, la pereza, el orgullo, la codicia, la estulticia, todas las hidras ahullaban a un tiempo, revolviéndose contra el profeta, en aquella lucha cuerpo a cuerpo con las tinieblas. Así, a cada uno a quien iniciaba con el bautismo, Juan sentía como si aquel agua que vertía sobre la cabeza contrita se llevara una costra de impurezas; sus dedos sarmientosos arrancaban errores e iniquidades de aquellas almas orinecidas en el mal, y cuando, ya el sol en el zenit, Juan, extenuado, se alejaba para reparar sus fuerzas con un sorbo de miel silvestre, el profeta